



Federico Axat

La hija ejemplar

DESTINO

La hija ejemplar

Federico
Axat

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín

I

En otra vida, Camila Jones había ganado dos premios Emmy por sus investigaciones periodísticas para televisión, y ahora no era capaz de hacer crecer una miserable planta de remolacha.

Se quedó mirando las hojitas vetustas, apenas unos tallos insignificantes de cinco centímetros. Sacó el iPhone del bolsillo del delantal y les tomó una fotografía. «Esto no pinta nada bien», le escribió por WhatsApp a Marshall, que se ocupaba de la jardinería en la isla. El hombre, que era lo más parecido a un amigo que Camila había cosechado durante los últimos dos años, le respondió con un emoji de una cara muerta de risa. «Se lo dije», escribió el hombre después.

Camila permaneció en el terraplén, contemplando primero el océano Atlántico hacia el este y luego los canales y pantanos que separaban aquella porción de tierra con nombre pretencioso del resto de Carolina del Norte. Era cierto que Marshall se lo había advertido: «No importa que traiga la mejor tierra del mundo, señora Jones, aquí el aire del mar se mezcla con el del continente, y eso no es bueno». Marshall se ocupaba de los jardines de las casas de la isla desde hacía más de veinte años, así que sabía de lo que hablaba. Solía referirse con añoranza a esas épocas de prosperidad laboral y juventud, cuando unas treinta familias adineradas se instalaron allí y apos-

taron a que Queen Island se convertiría en un sitio exclusivo, cosa que jamás sucedió.

La casa que Camila había comprado para transitar su retiro del periodismo era el símbolo de ese pasado prometedor. La casa de cristal, como la llamaban los lugareños, estaba emplazada en el punto más alto de la isla y era una construcción moderna de dos plantas con una vista magnífica. Un verdadero desperdicio para una mujer sola y su perro.

Mientras Camila se lamentaba moviendo la cabeza, Bobby la observaba desde el otro extremo de la plantación. El beagle, que había vivido con pesar perruno la transición entre un lujoso apartamento en Nueva York y... *esto*, tenía como afición fiscalizar cada uno de los fracasos botánicos de Camila. Era un perro viejo —y trasladarse nunca había sido su actividad favorita—, sin embargo, hacía acto de presencia cada vez que había una oportunidad para reforzar la idea de que todo tiempo pasado fue mejor.

Camila acababa de cumplir cincuenta y dos años y a veces también echaba de menos su antigua vida.

—Vamos, Bobby. Quieres comer, ¿no?

Bajaron por el terraplén y bordearon el canal que marcaba el límite de la propiedad en esa zona. Marshall decía que hacía años que no veía caimanes, pero a veces Bobby se quedaba mirando el agua como si percibiera una de esas criaturas merodeando bajo la superficie. Esta vez se limitó a trotar con indiferencia.

Camila subió los escalones del porche trasero sintiéndose optimista. En la isla tenía días buenos y días malos, y este en particular parecía ser uno de los buenos a pesar de su anunciado fracaso con las plantas de remolacha. Se quedó de pie en el centro de la cocina, debatiéndose entre prepararse el desayuno o ir al sótano y cumplir con la parte más dura de su rutina. A veces prefería hacerlo así, y otras se torturaba todo el día sabiendo que tenía que bajar en algún momento.

Nunca, ni siquiera en sus momentos más oscuros, Camila había creído que sería tan difícil. Cuando tomó la decisión de renunciar a su trabajo y largarse de Nueva York, pensó que sería la mejor forma —quizás la única— de dejar atrás una vida de investigaciones ajenas y poner su capacidad al servicio de su propio pasado. Se convenció de que tenía la experiencia y los contactos para convertirse en el centro de su propia investigación, sin pensar en las dificultades que esto supone. Durante años se dijo que la única razón por la que no echaba un vistazo por encima del hombro era por falta de tiempo. Y terminó creyéndolo.

Cuando finalmente se animó, le dijo a Richard Ambrose, su productor de siempre y amigo, que necesitaba tomarse un tiempo lejos de los sets de televisión. Un tiempo indeterminado, aclaró. Richard no se sorprendió, la había cubierto más de una vez durante sus ataques de pánico y las limitaciones que vinieron a consecuencia de ello. Fue él quien le sugirió prestarle su casa en Queen Island para que pudiera estar tranquila y reflexionar, pero, para sorpresa de Richard, Camila insistió en comprársela y dejarlo todo. «Alex se va a la universidad, es el momento perfecto.»

Para Richard fue un alivio desprenderse de la casa, que había construido por un capricho delirante tras convertirse en un productor de éxito. La parte negativa fue la pérdida de su figura más relevante al frente de «El peso de la verdad», uno de los programas de investigación más prestigiosos del país.

Camila se instaló en la casa de cristal y durante los primeros meses se limitó a descansar. Leer, ver películas, aprender a cultivar, incluso se animó a escribir un poco. Se lo merecía. Habían sido años enteros de trabajo prácticamente ininterrumpido. Cuando se dispuso a poner manos a la obra y enfrentarse a sus fantasmas personales, los ataques volvieron, más intensos que nunca. Quizás se

había precipitado, pensó. Decidió guardar en el sótano los recortes y las pocas pertenencias que conservaba desde su juventud y las cosas mejoraron un poco.

La misma situación volvió a repetirse otras tres veces, hasta que empezó a convencerse de que, quizás, revolver el pasado no era una buena idea después de todo.

A Alex le dijo que su alejamiento de la televisión tenía que ver con retomar una vieja investigación, pero nunca le aclaró que ella era el centro de esta. Su hijo estudiaba Derecho en la Universidad de Boston y una o dos veces por semana la llamaba por Skype. A veces, al terminar las videollamadas, Camila bajaba la tapa del portátil y se ponía a llorar. No era el hecho de no contarle toda la verdad —¿qué sentido tenía?—, sino el tenerlo lejos y no poder abrazarlo todos los días. Camila estaba orgullosa de ese chico al que había criado con la culpa de no poder pasar mucho tiempo con él. Ahora tenía todo el tiempo del mundo y estaba sola.

Bobby la miraba. Camila se había dejado llevar..., a veces la soledad tiene eso.

¡Oye, me tienes a mí! Y hasta donde recuerdo ibas a darme una ración de Royal Canin.

Camila le sirvió la comida a Bobby y a continuación se dirigió a la puerta del sótano. Es curioso cómo funciona el universo a veces. Cuando se disponía a abrir la puerta, algo le llamó la atención en una de las ventanas. Se volvió justo a tiempo para ver a un hombre cruzando el jardín delantero sosteniendo una pila de carpetas. Tendría unos treinta años y llevaba el cabello un poco largo. Camila no lo reconoció.

Sonó el timbre y Camila sopesó seriamente la idea de no contestar. No le gustaban las visitas, y menos si eran inesperadas.

Abrió la puerta de mala gana. El joven debió de advertirlo de inmediato porque su rostro se transformó y las palabras salieron atropelladamente de su boca.

—Buenos días, señora Jones. Soy Tim Doherty, periodista y director del *Hawkmoon Overfly*, el periódico de...

—Conozco el periódico local.

Una sonrisa nerviosa se dibujó en los labios del joven.

—Necesito hablar con usted acerca de la desaparición de Sophia Holmes. Tengo...

—¿Cómo sabes dónde vivo?

El periodista iba a responder cuando advirtió que una de las tres carpetas estaba a punto de caerse. Se mantuvo en pie solo con la pierna izquierda y se valió del apoyo de la rodilla derecha para acomodar las carpetas en su sitio. La torpe maniobra fue presenciada por Camila con cierta lástima.

—En el periódico tenemos buenas fuentes —respondió Tim—. Sabemos que vive aquí desde el primer día. Nunca hemos publicado nada.

Camila se limitó a asentir.

Tim tomó aire.

—Creo que debería usted implicarse en el caso de Sophia Holmes —dijo Tim con una solemnidad que parecía ensayada. A continuación le dio un golpecito con la barbilla a la carpeta de más arriba—. No existe una investigación más exhaustiva que esta, señora Jones.

Camila miró la carpeta durante un brevísimo instante. Vio el tamaño irregular del contenido e imaginó los recortes de periódico, las hojas con notas, las fotografías y las fotocopias con información relevante. Camila era de la vieja escuela, y una carpeta como aquella despertaba en ella una atracción inmediata. Se preguntó si Doherty lo habría intuido y por eso se había presentado a su puerta con las carpetas; a fin de cuentas, bien podría haberlas dejado en el coche.

—No voy a involucrarme en ninguna investigación —dijo ella finalmente—. Lamento que hayas venido hasta aquí para esto.

Tim suspiró.

—¿Está al tanto del caso?

Lo cierto es que Camila no sabía mucho. Se había mantenido deliberadamente alejada de las noticias del caso Holmes porque era consciente de que tenía los ingredientes necesarios para obsesionarla. Sabía que Sophia había ido al cine con unos amigos y que, justo antes de empezar la película, les había dicho que tenía que hacer algo y jamás regresó. Más tarde había sido vista cerca del puente Catenary y la policía había encontrado trozos de su vestido en el río, con lo cual cobró fuerza la hipótesis del suicidio. Los que conocían a Sophia, una chica de catorce años que parecía tenerlo todo, sostenían que era inconcebible que hubiera tomado semejante determinación.

—Sé lo que sabe todo el mundo... —dijo Camila mientras buscaba el nombre de su interlocutor—. Escucha, Tim, no estoy interesada en el caso; ni en este, ni en ningún otro. Es parte del propósito de haber venido aquí. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro, por supuesto.

—Voy a pedirte amablemente que te marches.

Tim la observó con horror.

—Algo sucedió hace cinco días —dijo con desesperación—. No lo hemos publicado todavía. Caroline Holmes, la madre de Sophia, encontró una nota clavada en la puerta de su casa. Unos vecinos vieron la nota pero nadie llegó a leerla. Poco tiempo después, la mujer cayó de la terraza. Está en coma.

Eso sí parecía un intento de suicidio, pensó Camila.

—No lo sabía. Es una noticia muy triste. —Camila lo observó con severidad.

Tim colocó bien las carpetas, que otra vez estaban a punto de caerse.

—Le pido perdón por haberme presentado de esta forma, señora Jones. ¿Puedo dejarle mi número para que me llame si cambia de opinión?

—No hace falta. Si necesito hablar con usted, sé dónde encontrarlo.

—Que tenga un buen día, señora Jones.

—Igualmente. Cuidado con los escalones.

Camila cerró la puerta. De regreso a la cocina sacó el móvil del bolsillo y realizó una búsqueda rápida de Tim Doherty. Los primeros resultados le confirmaron que aquel hombre era quien decía ser. Un enlace en particular atrajo su atención: «Madre e hija pierden la vida en un extraño accidente». Levantó la mirada y vio a Tim, ya bastante alejado, avanzando como si caminara sobre una cuerda floja. Toda su atención estaba puesta en las tres carpetas, y no en el suelo. Camila supo lo que iba a suceder incluso antes de que el pie derecho de Tim chocara contra una de las boquillas de riego y cayera de bruces en el césped.

2

La razón por la que Camila Jones dejó entrar a Tim Doherty no fue la lástima, a pesar de que fuera eso lo que sintió cuando lo vio levantarse a toda prisa, rojo como un tomate, para recoger las carpetas desparramadas en el césped. Tampoco fue por lo que averiguó de él en internet durante los minutos previos. Seguramente ambas cosas habían influido, pero el motivo fue mucho más sencillo: Camila confiaba en su instinto. Su olfato la había guiado exitosamente a lo largo de su carrera —no así en su vida personal, pero esa era otra cuestión—, y lo que había percibido en aquel joven periodista fue un ofrecimiento sincero. Con «El peso de la verdad» Camila había alcanzado audiencias de más de diez millones de espectadores durante los casos más resonantes. ¿A quién podía ocurrírsele que aceptaría colaborar con un ignoto periódico de tirada local? Era ridículo y fascinante al mismo tiempo.

Apenas entraron, Bobby festejó la llegada de Tim con alegría desbordante; cualquier desconocido servía para recordar sus paseos por el Boston Common con decenas de extraños caminando a su lado.

—¿Estás seguro de que no te has torcido el tobillo?

Tim negaba enérgicamente. No cojeaba al caminar. Al menos no todavía.

—Siéntate. Voy a buscar hielo.

—No hace falta, de verdad. Muchas gracias.

Tim dejó las carpetas sobre la mesa baja, junto a un libro con un marcapáginas que asomaba más o menos por la mitad. Era una novela de Bioy Casares y el título estaba en español: *La invención de Morel*. Se sentó en el sillón y Camila lo hizo en el sofá de enfrente.

—Te imaginarás que si he elegido vivir de esta forma —dijo ella abarcando la habitación con un gesto— es porque valoro mi privacidad.

—Por supuesto.

—Y aun así has decidido venir a verme.

—Realmente creo que debe escucharme.

—Me parece que ya he dejado claro que voy a hacerlo.

Tim se acomodó en su asiento.

—Va a cumplirse un año desde que Sophia Holmes desapareció —dijo Tim—. La policía no ha cerrado el caso porque no hay pruebas suficientes, pero ellos están convencidos de que Sophia murió ahogada en el lago Gordon. Si no han resuelto el caso hasta ahora, no van a hacerlo nunca. Usted lo sabe mejor que nadie.

Camila se encogió de hombros.

—Si tú lo dices.

—Está el caso Holmes —continuó Tim, e hizo un gesto como si sostuviera una bola invisible en su mano izquierda—. Y por el otro lado está usted, señora Jones. —Ahora sostenía otra bola invisible en su mano derecha. Tim sopesó ambas bolas y las acercó a su rostro. Era como si pudiera verlas—. Para mí es bastante simple. No sé por qué ha elegido vivir aquí, pero yo veo un propósito.

Camila asintió con pesar.

—Seguramente conoces las estadísticas de niños que se pierden todos los días —dijo Camila—. Podría haber elegido cualquier punto de este país y hubiese sido lo mismo.

—El caso de Sophia es especial —dijo Tim negando

con la cabeza—. Demasiados interrogantes. Ese chico muerto. Ahora la madre en coma. Alguien ahí afuera sabe algo. Hay que encontrar ese hilo del que tirar para desentrañar el misterio, estoy convencido de ello. Y para que eso suceda, el caso tiene que estar vivo. Si usted se implica en él, será como administrarle un electroshock.

—Eres joven para ser el director de un periódico.

Tim pareció descolocado con el cambio de tema.

—No es un mérito, señora Jones, se lo aseguro. El director anterior se jubiló y fue una situación de esas donde nadie quiere dar un paso al frente.

—Eres modesto.

—Y usted es hábil para cambiar de tema.

Camila sonrió.

—¿Lo soy? Pensé que esto tenía que ver con que colabore con tu periódico.

Tim pareció verdaderamente ofendido por el comentario. Había en sus ojos un dejo de tristeza que por momentos se hacía más evidente. Camila se preguntó si realmente estaba allí o si ella lo estaba infiriendo en función de lo que había averiguado de él.

—No se me ocurriría pensar que usted podría rebajarse a trabajar para el *Overfly*. No soy tan estúpido. He venido porque Sophia la necesita, tanto si está viva como si no. Y nadie sabe más del caso que yo.

Tim se inclinó y apoyó su mano sobre la carpeta como si estuviera a punto de prestar juramento.

Ella se lo quedó mirando entre intrigada y sorprendida. Tim Doherty tenía una gran dosis de ingenuidad, pero al mismo tiempo parecía muy seguro de sí mismo.

—No sé las razones por las que ha decidido dejarlo todo, pero la integridad y el compromiso no se pierden nunca. Al menos es lo que yo creo. Sophia necesita alguien que lleve adelante su causa. ¿Qué está haciendo aquí, señora Jones?

El rostro de Tim delató su osadía. Aun así no se retractó.

Camila se puso de pie. Hubo un instante de expectación, quizás deliberado, durante el cual Tim estuvo convencido de que su visita había llegado a su fin.

—¿Puedo ofrecerte un café? —dijo Camila.

Tim se la quedó mirando.

—Sí, claro —atinó a decir.

Camila fue a la cocina y regresó unos minutos después con una bandeja que apoyó sobre la mesa baja. Tim la observó con interés. Junto al café había un termo, y a su lado un recipiente de madera con forma de pera. Contenía algo muy parecido a estiércol, y una pajilla de metal sobresalía como una antena de unos diez centímetros.

—Se llama *mate*. —Camila había pasado por la misma situación infinidad de veces—. En Argentina casi todo el mundo lo toma, y supongo que sabes que me crie allí. Esta de aquí es la *bombilla*.

La expresión de perplejidad seguía dibujada en el rostro de Tim. Camila movió la bombilla formando suaves círculos y le dio al mate un golpecito sobre la mesa. Tomó el termo y se sirvió un hilo de agua caliente.

—Nunca debe hervir —explicó mientras inundaba la boca del peculiar recipiente.

—¿Qué contiene?

—Yerba mate. Es una planta que crece en Sudamérica. Las hojas se muelen y es esto que ves aquí. Es una bebida amarga.

Camila se llevó la bombilla a la boca y produjo, al sorber, un breve sonido de succión. Luego volvió a llenar el mate de agua y se lo tendió a Tim.

—¿Quieres probar?

A Camila le gustaba ver la expresión de horror cuando ofrecía un mate por primera vez. Antes de que Tim ensayase alguna excusa, explicó que compartir el mate era normal en Argentina, y que incluso en ciertos círculos podía hasta considerarse irrespetuoso rechazarlo. En-

tendía cuán extraño podía resultar a los ojos de un extranjero.

A Tim la explicación debió de parecerle salida de una cultura alienígena porque no dejó de observarla con recelo, como si creyera que todo aquello era algún tipo de engaño para ponerlo a prueba. Se refugió en su taza de café humeante, que saboreó como la exquisita bebida que era. ¿Quién necesitaba beber hojas molidas con sabor amargo?

—Antes de escucharte, Tim, quiero que sepas que no cambiaré de opinión —dijo Camila—. Voy a decirte lo que pienso, y quizás pueda orientarte en algún sentido, pero eso será todo. ¿Entendido?

Tim estuvo de acuerdo. ¿Qué otra opción tenía?

—Quizás cambie de opinión cuando me escuche.

—Te aseguro que no será así —sentenció Camila—. Y ahora dime qué le sucedió a la madre de esa chica antes de que me arrepienta.

Tim se inclinó y cogió una carpeta. Se dio cuenta de que no era la que necesitaba y pasó a la siguiente. Bobby, que los había estado observando desde lejos, se interesó por la pesquisa y olfateó los dedos del periodista. Camila advirtió que llevaba una gruesa alianza de plata.

—Una vecina fue a su casa y la encontró en el patio, agonizando. Cayó desde la terraza de su habitación.

Tim hizo una pausa y sacó de la carpeta una fotografía de gran tamaño. Camila alcanzó a ver un cuerpo despatarrado en el suelo de cerámica roja.

—Por favor, no necesito ver eso —lo detuvo.

Él guardó la fotografía de inmediato.

—El día del... *accidente*, Caroline no fue a correr como solía hacer, sino que se quedó en casa. Philip Holmes le dijo a la policía que la noche anterior había mantenido una discusión con su esposa, así que quizás eso tuvo algo que ver con el inusual comportamiento de Caroline. Apparently, ella estaba hablando con Vince

Naroditsky para pactar una entrevista y Phil no estaba de acuerdo.

La mención de Naroditsky hizo que Camila frunciera los labios. Hacía años que no lo veía —algo bueno para el universo—, pero recordarlo seguía produciéndole ganas de vomitar. Hacía mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana, Vince y ella habían sido amigos. O algo parecido. Resulta difícil desarrollar un vínculo cuando una de las partes tiene el ego del tamaño del peñón de Gibraltar. Camila y Naroditsky eran colegas; nunca coincidieron en la misma cadena pero el mundo es pequeño y empezaron a relacionarse de manera ocasional. Personas como Naroditsky eran las responsables de que ella se hubiese alejado de la profesión.

—Ahí tienes a alguien con ganas de llevar adelante la causa de Sophia —dijo Camila.

Tim comprendió de inmediato la ironía.

—Permítame leerle un extracto de las declaraciones de la secretaria de Naroditsky...

Tim abrió la carpeta y la acercó hacia sí. Pasó las páginas.

—La señorita Karin Moldow declaró, y cito textualmente, que «Caroline Holmes me dijo que tenía pensado decir toda la verdad, incluso aquello que había callado hasta ese momento. También dijo que tenía unas cuantas razones para echarse atrás, pero que no lo haría».

Tim cerró la carpeta.

—Tengo un medio hermano —continuó Tim—. Se llama John y es doce años mayor que yo. Ahora vive en Colorado. Phil Holmes fue su mejor amigo en la escuela. Ahora han perdido el contacto, por la distancia y esas cosas. Conozco a Phil Holmes y he podido hablar con él en varias oportunidades; podría decirse que confía en mí. Phil está convencido de que su esposa no tenía nada nuevo para revelar a Naroditsky en la entrevista, que lo único que buscaba era mantener el caso vivo de alguna forma.

—¿Y tú le crees?

Tim dudó.

—Le creo en cuanto a que él no sabía lo que su esposa iba a decir. Pero Caroline Holmes es una mujer inteligente y estoy seguro de que algo importante iba a revelar en esa exclusiva. No me parece el tipo de persona capaz de generar semejante expectativa en vano.

—Pues déjame decirte —replicó Camila— que me he topado infinidad de veces con familiares de víctimas que buscan reflotar sus historias a cualquier precio. Se trata, posiblemente, de la parte más dolorosa de este trabajo, al menos para mí.

—¿Es esa la razón por la que se alejó de la profesión? —preguntó Tim.

—No hay una sola razón... Continúa, por favor.

Camila empezó a prepararse otro mate.

—Es imposible saber si Caroline iba a revelar algo en esa entrevista o no —dijo Tim—. La policía tampoco lo sabe. Lo que sí sabemos con certeza es que algo extraño sucedió la mañana que cayó desde la terraza. Caroline encontró esa nota clavada en la puerta de la casa y estaba muy molesta; varios testigos lo confirmaron, inclusive una vecina que la conocía bastante.

—¿Y dices que nadie leyó la nota?

—Exacto. Todos la vieron de lejos. Un detalle importante es que estaba sujeta con un clavo.

Camila meditó las implicaciones de ese detalle. Podía desconocer los acontecimientos recientes del caso, pero sí sabía de su relación con el asesinato a martillazos de Dylan Garrett, un matón escolar con quien Sophia y sus amigos habían tenido problemas en el pasado. Las teorías más disparatadas hablaban de una venganza cuidadosamente planificada por parte de la chica.

—La utilización de un clavo no es casual —dijo Tim.

Camila empezaba a sentir esa pulsión que se mani-

festaba cuando intentaba encastrar piezas que parecían no tener sentido.

—¿Ese detalle ha sido publicado?

Tim negó con la cabeza.

—Pero pronto se filtrará.

Camila tenía la extraña sensación de haber alcanzado una inesperada familiaridad con Doherty, como si lo conociera de alguna parte.

—¿Tú crees que Sophia puede estar viva? —disparó Camila.

El periodista suspiró.

—Primero le diré lo que no creo. —Hizo una pausa—. No creo que Sophia se haya quitado la vida tirándose del puente Catenary. Pero eso no significa que esté en el grupo de los que creen en teorías vengadoras. Quiero decir, ¿Sophia se marcha de su casa, permanece meses vaya uno a saber dónde y varios meses después asesina a Dylan Garrett de un martillazo? No tiene mucho sentido. —Tim se masajeó el mentón, un gesto que había repetido por lo menos dos veces desde su llegada.

—Coincido en que no tiene pies ni cabeza. Además, tengo entendido que la policía ya tiene al asesino de Garrett.

—Así es. Y posiblemente sea lo único que han hecho bien.

Tim apoyó la mano sobre las carpetas. Como si allí estuvieran todas las respuestas.

—Todo lo que he averiguado está aquí. La nota que recibió Caroline en su casa demuestra que hay algo que no estamos viendo. Caroline iba a ofrecer esa entrevista y aparece la nota, se altera y unas horas después cae desde la terraza de su casa y se salva de milagro. Para la policía ha sido solo un accidente doméstico.

—No te caes de tu propia terraza. O se tiró o la empujaron.

—¿Qué quiere que le diga, señora Jones? La mujer

está viva. La policía no va a esforzarse para dilucidar algo que ella misma podrá revelar cuando despierte.

—¿Cuál es su estado?

—Crítico.

Camila meditó el asunto. Paseó la mirada por el salón y se quedó mirando por uno de los amplios ventanales.

—Permítame que le muestre algo —dijo él.

Camila se alarmó al ver que Tim volvía a abrir la carpeta.

—No se preocupe —la tranquilizó—, no será nada escabroso.

Tim buscó tres fotografías y las colocó sobre la mesa. Eran tres tomas diferentes de un espacioso salón decorado con buen gusto. Camila examinó las fotografías sin saber exactamente qué debía mirar.

—Estas fotografías fueron tomadas en la casa de los Holmes y forman parte de la investigación —dijo Tim—. Créame, nadie les ha prestado atención. La policía se enfocó en el jardín y en la terraza.

Camila volvió a concentrarse en las fotografías. Nada parecía fuera de lugar. Tim señaló un objeto en una pequeña mesa redonda, junto al sofá.

—Un mando a distancia —apuntó Camila.

—Y en el respaldo del sofá hay una manta —dijo Tim—. Caroline tenía la costumbre de prepararse una copa, cubrirse con esa manta y ver Netflix. Eso hizo el día anterior. Vio los dos primeros capítulos de la serie *The Sinner*.

Camila guardó silencio. Entendía perfectamente lo que Tim insinuaba, pero él igualmente lo expresó en voz alta.

—¿Quién empieza a ver una serie de misterio si tiene pensado quitarse la vida al día siguiente?

Guardaron silencio un momento.

—De una forma u otra, la nota alteró los planes de Caroline Holmes —dijo Tim.

—¿Cómo sabes lo que vio Caroline en la televisión el día anterior?

Tim se masajeó el mentón.

—Como le he dicho, tengo una buena relación con Phil Holmes. Le pedí que lo comprobara en el historial de la plataforma. Al principio se negó, pero finalmente lo hizo.

Camila se quedó pensativa.

—Creo que no te equivocas al pensar que hay algo extraño en el caso —dijo Camila finalmente—. Los elementos que apuntan al suicidio son débiles; el vestido bien pudo haber sido lanzado al río por alguien para que la policía lo encontrara. La nota que recibió la madre y lo que sucedió después tiene que estar relacionado de alguna forma. Pero eso tú ya lo sabes. Lo único que puedo decirte es que, si Naroditsky se implica de lleno en el caso, su prioridad no será la verdad.

—Eso me temo —dijo Tim.

El periodista suspiró y guardó silencio un momento.

—Hay una cosa más que quiero que sepa, señora Jones. Y me gustaría que lo considere antes de tomar su decisión...

—Ya he tomado mi decisión.

—Déjeme decírselo de todas maneras. Yo sé que Sophia no se quitó la vida en el puente Catenary. Lo sé porque yo mismo la vi aquel día.

3

Una de las razones por las que a Camila le gustaba visitar a Eduardo Olguín era porque el viejo nunca le preguntaba por su trabajo en la televisión. Hasta donde ella sabía, Ed ni siquiera estaba al corriente de ello. O fingía no estarlo.

Camila no era Jennifer Lopez, podía caminar por la calle sin que la gente se le echara encima. El suyo era un rostro reconocible que despertaba cierto interés, pero nada que no hubiese podido manejar en el pasado. En un buen día, y con la ayuda de unas gafas de sol, podía pasar desapercibida y nadar en el bendito océano del anonimato. A lo sumo, dependiendo de dónde estuviera, era abordada una o dos veces, lo que constituía una dosis de fama que no llegaba a ser opresiva. En general eran encuentros amigables, respondía algunas preguntas —últimamente siempre las mismas— y eso era todo.

«¿Por qué te retiraste? ¿Tienes pareja? ¿Vas a regresar a “El peso de la verdad”?»

Casi no había tenido encuentros hostiles. En una ocasión una mujer se le acercó en un restaurante y le preguntó si era cierto que tenía cáncer. Cuando Camila se negó a responderle, la amabilidad de la mujer desapareció como por arte de magia y le exigió una respuesta bajo el pretexto de que Camila era una persona pública y que los televidentes tenían derecho a saber. La situación derivó

en un griterío de acusaciones cruzadas y en el descubrimiento por parte de Camila de que no era buena para manejar invasiones descaradas de su privacidad.

Con Ed no tenía que tomar ninguna precaución. Para él, Camila era una *compatriota* más que visitaba su tienda en busca de yerba para el mate y dulce de leche. Ed vivía en Estados Unidos desde hacía casi cuarenta años; se había escapado de Argentina a los veinticinco y no había vuelto nunca. Tiempos difíciles los de aquella época, le decía a veces a Camila con ojos soñadores y tristes: «Vos eras muy chica pero seguro tus viejos lo vivieron».

Camila había encontrado la tienda Sabores Argentinos gracias a Facebook. Uno de los nietos de Ed se ocupaba del mantenimiento y de publicar la llegada de nuevos productos. Cuando Camila tomó la decisión de irse a vivir a una isla minúscula con su perro, no contempló muchas cosas, y una de ellas fue cómo se abastecería de los productos argentinos que su asistente solía comprarle en una exclusiva tienda de Nueva York. Ed fue su salvador.

Camila disfrutaba conduciendo los treinta kilómetros hasta Leland, un pueblo en el condado de Brunswick, al oeste de Wilmington. Cuando Ed la veía llegar en su Mercedes descapotable se le iluminaban los ojos. Quizás se emocionaba de la misma forma con cada argentino que iba a verlo, aunque a Camila le gustaba pensar que entre ellos había una conexión especial. «Bienvenida a la loma del orto», decía el viejo con los brazos abiertos.

Ed le había insinuado una vez que nunca volvió a Argentina porque no se atrevía, y en eso Camila lo entendía mejor que nadie.

—¡Camila, querida! —le dijo esta vez.

Ed caminaba con una leve cojera, pero de alguna forma saltó de la alegría.

—¿Cómo está mi porteño preferido? —lo saludó ella en un español que había dejado de ser perfecto.

Sharon, la muchacha que ayudaba en la tienda, estaba acostumbrada a esas conversaciones cantarinas de las que entendía apenas un puñado de palabras.

Ed invitó a Camila a la trastienda, como hacía siempre. Allí había una ciudad de cajas acumuladas y una modesta cocina. El viejo puso la pava en el hornillo y preparó el mate. Antes de colocar la yerba, exhibió el paquete con orgullo.

—¿Nueva marca?

—La mejor —dijo él, ahora de espaldas, sacudiendo el paquete con suavidad para que la yerba cayera en la medida justa—. Listo el pollo y pelada la gallina.

A Ed le gustaba hacer alarde de sus modismos.

Mientras el agua se calentaba, se sentó. Estaban en la esquina de una mesa cuadrada atiborrada de cosas.

—Perdoná el desorden —se disculpó Ed—, esto parece un nido de caranchos. Recibimos la mercadería hoy y Sharon estuvo toda la mañana atendiendo clientes y preparando pedidos. Yo ya no puedo hacer las mismas cosas que antes.

—¿Otra vez la espalda?

—Sí. Tengo días buenos y días malos. Hoy es uno de los malos.

Cuando el agua estuvo lista, Ed preparó el primer mate y se lo entregó a Camila. Ella lo dejó reposar un rato mientras hablaban de banalidades, después aspiró por la bombilla. Saboreó el agua, amarga y caliente, y asintió en señal de aprobación. La pava con la que Ed agasajaba a las visitas era chica y servía para ocho mates, así que las conversaciones entre ellos normalmente se extendían alrededor de media hora. El mate era un fabuloso metrónomo.

—¿Puedo preguntarte algo, Ed? —dijo Camila mientras le devolvía el mate.

El tono de seriedad hizo que el hombre elevara una ceja.

—A ver...

—¿Por qué nunca volviste?

—Ah, ¡te viniste recargada! —La pregunta no pareció ofenderlo en absoluto—. Mirá que después te voy a preguntar lo mismo a vos.

Ella sonrió.

—A ver, dejame pensar —reflexionó Ed—, a lo mejor nunca volví para no darme cuenta de que me equivoqué. A veces sueño... con el barrio de Flores, la plaza a una cuadra de mi casa donde jugábamos al fútbol con los pibes, detalles insignificantes, como el silbato del afilador que pasaba todos los domingos o el olor a choripán. Ahí tenés otro ejemplo, nunca volví a probar un choripán... porque no podría ser mejor que en mis recuerdos.

Camila se puso a pensar que ella tampoco había vuelto a probar esos monstruosos embutidos atrapados entre dos panes.

—¿Por qué me preguntás eso? ¿Estás pensando en volver?

Camila hizo una mueca.

—No, para nada. Mi vida está acá. Alex acaba de empezar la universidad.

Ed asintió.

—¿Entonces? —dijo Ed.

—No sé, estaba pensando en eso cuando venía. Si las personas como nosotros, que se ven obligadas a irse de su país, acaso no desarrollan algún mecanismo de autoconvencimiento. Para no sufrir.

Ed se la quedó mirando.

—Nunca me dijiste que te fuiste obligada.

—Bueno, es una forma de decir, y una historia para otro día.

Él asintió.

Camila le entregó el mate y Ed se ocupó de volver a llenarlo.

—Te voy a decir una cosa —dijo Ed mientras incli-

naba la pava y un hilo de agua mojaba la yerba—. Cuando me vine estaba leyendo *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad. Me vine de raje, con lo puesto. Armé una valija chica, metí un poco de ropa y no sé por qué metí algunos libros, entre ellos el de Conrad. Nunca lo acabé. Lo tengo en la biblioteca, con la punta de una de las hojas dobladas. No sé por qué en esa época no usábamos señalador.

—¿Nunca volviste a leerlo? —dijo Camila maravillada.

—Nunca. No me preguntes por qué. Pensé hacerlo varias veces, pero ahí sigue, en la misma página en la que lo dejé hace casi cincuenta años. Así que a lo mejor tenés razón y el exilio nos deja una cicatriz...

—Que nos impide mirar atrás —completó Camila. Ed asintió mientras tomaba su último mate.

La conversación se extendió un rato más, pero se ocuparon de que discurriera por carriles más convencionales. Antes de salir de la trastienda, Ed rebuscó entre las cajas y le entregó a Camila un pequeño objeto cuadrado.

—Es un Havanna nuevo. Setenta por ciento cacao, y va de regalo.

A Camila se le iluminó el rostro al ver el alfajor.

—Este debe ser una delicia.

—Lo es. ¿Sabés que ahora allá conseguís estos alfajores en cualquier parte?

—No sabía. Antes te tenías que ir a la costa para traerte una cajita y salían una fortuna.

—¿Viste? El viejo Ed siempre te canta la justa.

Volvieron a la tienda y Sharon le entregó el pedido; suficiente para cuatro o cinco semanas.

Camila se despidió de Ed con un abrazo. El hombre le dijo que la esperaba pronto y se marchó con cierta urgencia. Volvió a cruzar la puerta arrastrando la pierna izquierda. Camila se quedó mirando la puerta cerrada con cierta preocupación.

Sharon la observaba expectante desde el otro lado del mostrador. Camila deslizó su tarjeta de crédito por el lector y, mientras esperaba la confirmación, vio algunos periódicos de la zona. Distraídamente, tomó uno y lo dejó en el mostrador. En la esquina inferior estaba la fotografía de Sophia Holmes, acompañada por el siguiente pie de foto: «Ángel o demonio. ¿Qué supo su madre antes del trágico accidente?».

Camila se quedó mirando la fotografía de Sophia. Al levantar la mirada descubrió que Sharon la observaba con fijeza. Estaba claro que la muchacha sí sabía a quién tenía enfrente.